

Poema de la nieve

Como un inmenso jazminero, el cielo
se deshoja en el valle transparente.
Tarde mágica y honda y dulce y triste,
de esas que el alma para hablar prefiere.

En un abrazo de horizontes tímidos,
el viento amigo bajo el sauce duerme;
la casa se acurruca entre los álamos;
mientras la tarde se deshace en nieve.

El agua enamorada va descalza
con su carga de tardes sin poniente.
El silencio trabaja, solitario,
sus castillos de siempre...

II

Se está encantando poco a poco el mundo;
Dios nos premia esta paz clara y agreste;
el algarrobo ha florecido y tiembla,
y hasta la piedra se despierta alegre.

Los cerros, emponchados, a lo lejos,
en los brazos del cielo se adormecen.
Por los viñedos, por los campos juega
esta infantil y sigilosa nieve.

Está de novia, sensitiva y fresca,
la rama frágil del almendro verde...

III

El labrador suspirará pensando
en la siembra reciente,
y pedirá a los cielos taciturnos
el pan para su gente,
la paz y la esperanza,
el agua niña que sus tierras riegue,
que no descansen en la besana el surco,
que en altas trojes el trigal se eleve;
que el racimo, cargado de verano,
cante en el vino y en sueño alegre.

IV

Ha encanecido de repente el valle;
el aire llora por sus hojas verdes.
Un pájaro ha caído,
y amortajado bajo el árbol duerme.

Estremecido de ternura, el cielo
se deshoja en los campos. Anochece.

Una rama se quiebra bajo el peso
del silencio y la nieve.
Tú estás lejos, amiga, y vas conmigo:
(¡no sé por qué tu corazón me duele!).